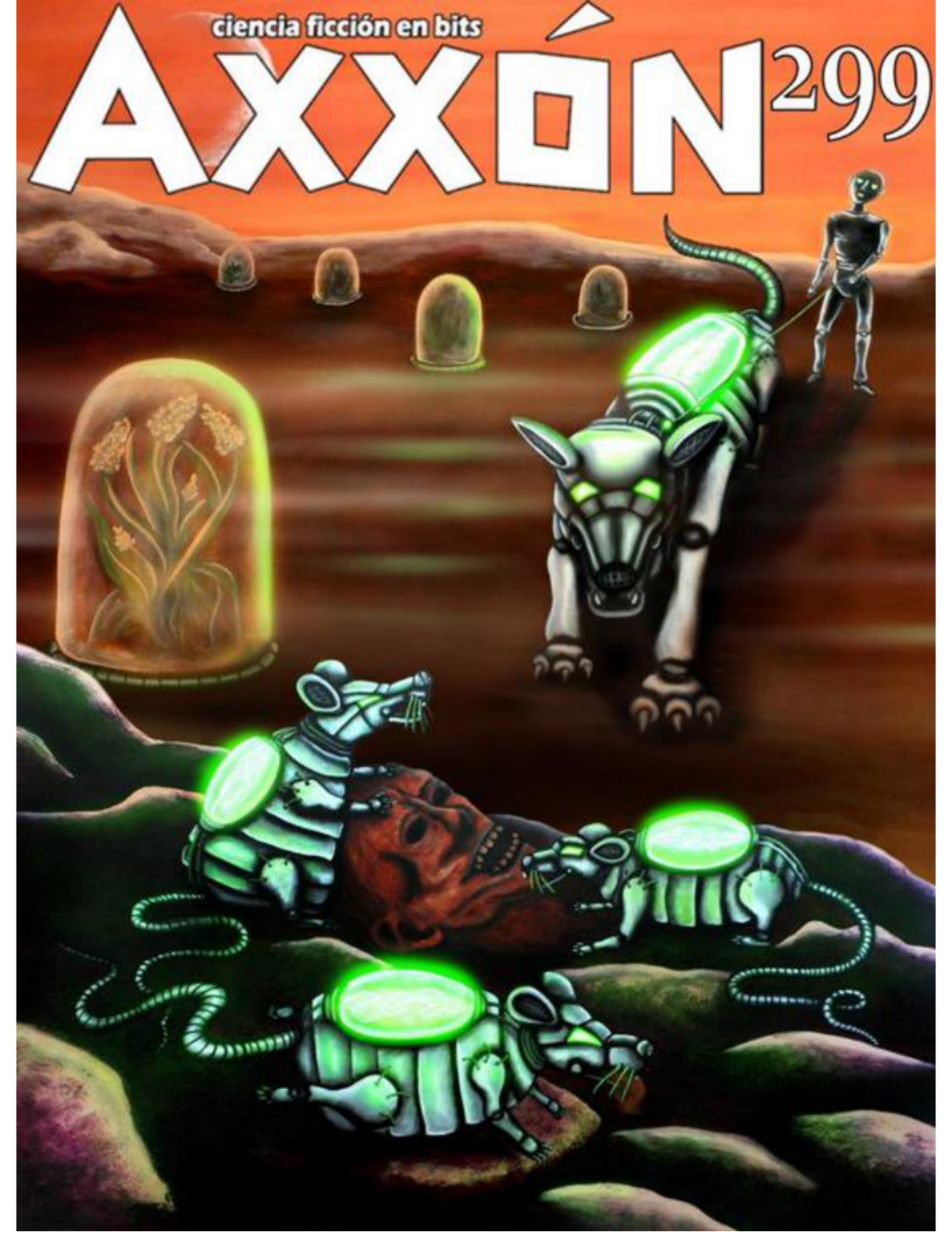

ciencia ficción en bits
AXXÓN
299

Axxón 299, abril de 2021

Editorial - Axxón 299

Gradualmente,  nos vamos acercando a nuestro siguiente número redondo. Y en este, nuestro tricentésimo Axxón (recuerden que empezamos en el número 0), hemos vuelto, lentamente, a incorporar textos traducidos de otros idiomas. (Por supuesto, damos la bienvenida a cualquier traductor que quiera ayudarnos en la tarea de volcar al español alguna de las colaboraciones que hemos recibido y que todavía no hemos tenido oportunidad de traducir.)

También traemos de regreso a un viejo amigo de la casa, Antonio Mora Vélez, que en ocasión de sus 50 años de escritor compartió con nosotros uno de sus primeros textos (que por razones de organización no hemos podido publicar hasta este número).

Invitamos a otros escritores a enviarnos sus textos para el número 300, así como a los ilustradores que quieran enviarnos posibles tapas. Estamos planeando una manera interesante de mostrar todas las tapas recibidas, y nos tomaremos nuestro tiempo para sacar el número siguiente para dar tiempo a quienes quieran aparecer en él a que nos propongan sus textos.

Que disfruten el 299. Lean, compartan, comenten.

Paciente externo

Dan Stout

[image] **ESTADOS UNIDOS**

Con seguridad era una migraña.

La agonía me aferraba ambas sienes, y la luz detrás de la cortina me atravesaba los párpados con dagas. Me di vuelta para taparme la cabeza con una almohada y de pronto sentí una corriente de aire que me daba en la espalda.

Me senté, con los ojos entrecerrados, notando que una bata de hospital me tironeaba la garganta. No tenía idea de lo que me había pasado. Mi último recuerdo era de estar en mi laboratorio, poniéndome en la cabeza el conjunto de electrodos y conectándome a los monitores neurales.

Pulsé el botón de llamada y empecé a mecerme de atrás hacia adelante, tratando de contener la migraña. No respondió ninguna enfermera, y al cabo de un rato dejé de esperar que viniera alguna. Me levanté, tambaleante, visitante en mi propio cuerpo.

Avancé a tropezones hacia el pasillo, y me tranquilizó ver un logo conocido en los carteles de orientación. Todavía estaba en el Santa Ana, la sede de mi trabajo, donde Kim Stanley y yo realizábamos trabajos pioneros en neurología de resonancia espacial: la extensión de la red cerebral a su espacio circundante, creando percepción más allá de nuestros cuerpos.

Los pasillos estaban llenos de pacientes que parecían tan confundidos como yo. Aparentemente algunos tenían dolores de cabeza peores que el mío, porque se apoyaban en las paredes, se aferraban las sienes o la náusea los hacía vomitar en el piso. El personal, abrumado, corría en todas direcciones. Nadie me prestaba la menor atención.

En la sala de enfermeras conseguí un guardapolvo blanco de técnico; ya no quería tener el trasero expuesto. Mientras me lo ponía, se le levantó el cuello; aun con de diez años de práctica, todavía no conseguía que me quedara plano. Miré alrededor, con un ojo cerrado por el dolor de cabeza, y traté de entender lo que pasaba. Tanta gente con dolor de cabeza y náusea. ¿Un escape de gas? No había olor a gas natural. ¿Monóxido de carbono? El hospital tenía detectores de CO en todos los pasillos, pero no sonaban alarmas. Mi teléfono estaría en la oficina. Podía llamar a emergencias y

salir del hospital.

Bajé un piso, yendo por la escalera para evitar a la multitud gritona en la planta baja del ascensor, y llegué a mi oficina. Cuando vi por primera vez mi nombre en la placa de imitación de bronce montada en la puerta, “Dra. Ellen Wojicki”, me había parecido una victoria personal. Ahora no me servía de nada; por supuesto, la puerta estaba cerrada con llave.

Un poco más allá en el pasillo estaba la entrada a nuestro laboratorio. También estaba cerrado, pero con un teclado numérico de seguridad. Pulsé el código de acceso y entré. En la habitación había tres figuras, una de las cuales reconocí de inmediato.

—Kim —dije, o al menos lo intenté.

La palabra me salió como un graznido de la garganta y los labios resecos. ¿Cuánto tiempo había estado inconsciente?

—Kim —dije, más alto. Las figuras se volvieron hacia mí.

Junto a mi compañera Kim había una mujer que me resultaba conocida en una forma que me confundía. Debía de haber estado en la cámara de expansión neural; todavía tenía una tiara de sensores en el cuero cabelludo, con los cables colgando por sobre el cuello levantado de su guardapolvo. Sin aliento, me forcé a volver a mirarlas.

Detrás de Kim y la mujer, una adolescente estaba sentada en un banquito. Tenía una bata de hospital y entrecerraba los ojos como si la luz le causara dolor. Mientras yo miraba, le aferró el brazo a Kim.

—Soy yo. —El tono de ruego en su voz era angustioso—. Soy Ellen.

Hubo un golpe, y un hombre obeso en bata de hospital abrió las puertas a tropezones.

—Kim, algo salió mal —dijo—. Me desperté en otro…

La voz se volvió inaudible mientras miraba a la mujer al lado de Kim.

—Ay, Dios —dijo.

Sentí un pico de dolor cuando la migraña volvía con toda su fuerza. Levanté la mano para masajearme la sien y vi mi brazalete de identificación en la muñeca, con el nombre y número de habitación impreso sobre el plástico especial. Aparentemente me llamaba Carol Jones.



Ilustración: Pedro Bel

Por encima del hombro escuchaba pies arrastrándose, un coro creciente de voces que decían “Kim… por favor, Kim…”, mientras más y más pacientes entraban al laboratorio. Hice lo que pude para ignorar el coro creciente de voces diciendo “Soy Ellen”, porque me anudaban el estómago y volvían a hacerme subir la náusea.

Para distraerme traté de hacer cuentas, recordando el alcance de nuestros dispositivos. Calculé la densidad de población de San Diego y traté de calcular cuántas personas ahora darían vuelta el cuello de sus guardapolvos y tomarían el café con crema, como a mí me gustaba. Finalmente me di por vencida, porque no sabía si aún tenía alguna importancia. Me tapé los ojos, tanto por el cruel brillo fluorescente de las luces como porque no quería seguir mirando a la mujer tan conocida que estaba parada al lado de Kim. Con los ojos cubiertos me hamaqué sin descanso, tratando inútilmente de protegerme de la migraña que, lo sabía, sólo se pondría peor.

Traducido en 2021 por Marcelo Huerta San Martín

Dan Stout vive en Columbus, Ohio (EE. UU.), donde escribe *noir* con una pizca de magia y luces disco. Su ficción abreva en sus viajes por Europa, Asia y la Costa del Pacífico, asi como en su historial de empleos, que abarcan el heterogéneo espectro que va desde un mensajero de citaciones judiciales hasta un auxiliar de perforación de pozos.

Las historias han aparecido en *Saturday Evening Post*, *Nature* y *Mad Scientist Journal*. Su próxima novela *Titan Song* es el tercer volumen de la saga *The Carter Archives*.

Puede encontrárselo en Twitter o en Facebook, así como en su sitio web, http://www.danstout.com

¿Es acaso una perla?

Umiyuri Katsuyama

[image] **JAPÓN**

Mi compañero de clase Sekiseki era un lobo marino, pero no lo parecía tanto. Tenía dos patas delanteras cortas, sin patas traseras, más estrecho desde la cintura hasta la cola. A pesar de su tamaño enorme, era un nadador excelente.



Ilustración: Pedro Bel

Las maestras decían que todos los que venían a la escuela eran bienvenidos. Yo estaba contenta de estudiar con un lobo marino. Como compañero de clase, Sekiseki era agradable. Primero, era inteligente. Ponía atención en clase y respondía cualquier pregunta que hicieran las maestras. Llevaba un vocalizador a través del cual se comunicaba con voz de barítono, porque tenía buen físico. Era mi opuesto. Cuando yo estaba nerviosa, me tocaba las uñas del pulgar y me callaba.

Después de acostumbrarme a la escuela, le dije a Sekiseki durante el recreo:

—Sería divertido estudiar si fuera inteligente como tú.

Abrió una bolsa que contenía mariscos congelados y me preguntó:

—¿Quieres uno?

Giré la palma de mi mano y le dije:

—No, no gracias—. Luego comió un marisco descongelado. Mi bocadillo no era bueno para su salud, así que me dijo que no podía comerlo. Quizás fuera mentira y era tímido. Yo no comía mariscos crudos.

—A las maestras les encanta tenerte en clase —me dijo.

—¿Por qué?

—Por alguna razón.

—¿Quieres decir que los idiotas son lindos? —le pregunté.

—No digo eso. No eres idiota.

Cuando Sekiseki se comió los mariscos, hizo un sonido parecido a una trompeta y desinfló el saco de aire.

Hace un mes la escuela empezó. Mientras sonaba una versión en flauta dulce de Bach en mi tableta LCD, la abuela dijo:

—La escuela comenzará pasado mañana. Buena surte, hija—. Sacó una blusa blanca y una falda colgante azul oscuro. Luego me dijo que me las pusiera.

La escuela estaba en las afueras de la ciudad. El edificio quedaba cerca del mar, debajo de un acantilado. El piso era de color azul claro y el techo estaba cubierto con una gran tela blanca que proveía sombra y protección contra la lluvia. Se llegaba a la escuela con una escalera de acero inoxidable. Cuando bajé, me esperaban dos mujeres con vestidos negros de cuello blanco. Sus cabellos eran canosos y tenían caras similares. Se llamaban Midoriko y Momoko según la etiqueta que llevaban pegada en el pecho. Cuando me preguntaron por mi nombre, respondí «Kunembo», y la maestra Midoriko escribió en algunos papeles. La maestra Momoko me instó a tomar asiento.

Sekiseki vino del mar. Sacudió el cuerpo para drenar el agua antes de entrar a la escuela. Miré atrás. Se deslizó desde la parte superior de la pared hasta la placa de hierro que pasaba diagonalmente al suelo. Me quedé sorprendida. Se acercó con un ruido fuerte. El olor de la marea aumentaba.

—Vine cuando esto era una piscina, pero es la primera vez que entro aquí. Ahora es una escuela.

Me sorprendió y me endurecí. Solo negué con la cabeza como un akabeko. Akabeko es un juguete de papel en forma de una vaca roja y solo su cabeza fluctúa.

—Sekiseki, toma asiento. Kunembo, ¡mira al frente!

Sekiseki se sentó a mi lado. No necesitaba una silla.

—Un nombre encantador: Kunembo. Quiere decir «mandarina fragante».

Sekiseki intentó bajar su voz, pero le resultó que imposible.

—Gracias.

Agaché la cabeza tímidamente. La maestra Momoko se paró frente a la mesa y nos llamó «nuevos estudiantes».

—Bienvenidos.

La escuela daba clase tres días a la semana solo por la mañana, pero pronto me acostumbré. Hasta ahora estudiaba en casa y al principio le tenía miedo a Sekiseki, pero pronto nos hicimos amigos. Hablábamos de varias cosas durante el recreo.

En un día lluvioso, un mes después de que comenzaran las clases, un niño extraño gritó desde lo alto de la pared del aula.

—Me dijeron que hay una escuela aquí… ¿Puedo entrar?

Sekiseki y yo miramos atrás. La maestra Midoriko dijo: «¡Baja!». El niño usó la escalera de acero inoxidable. Tenía piel color chocolate, camiseta roja descolorida, pantalón hasta la rodilla y anteojos de sol que cubrían la mitad superior del rostro. Cuando pasé, mi mirada se cruzó con la suya por un momento. La maestra Midoriko nos dijo que trabajáramos solos y se fue para hablar con la maestra Momoko.

Entonces Surinosuke se unió al aula. La maestra Midoriko se encargó de todas las presentaciones.

—Tus compañeros de clase: Kunembo y Sekiseki.

—Me llamo Surinosuke Gondo. Para mí, la luz diurna es muy brillante, así que disculpen mis lentes oscuros.

—Por favor, ¡hay que acostumbrarse a un lobo marino!

Sekiseki y Surinosuke se rieron.

Surinosuke se sentó a mi lado, donde estaba Surinosuke antes. Surinosuke estaba detrás de Surinosuke. Surinosuke se dio la vuelta y le dijo a Sekiseki.

—Te he visto en el mar. Mi papá me dijo que haces un trabajo importante, así que me pidió que no te entorpeciera ni te hiciera daño.

—Gracias por su cooperación, ciudadano.

—¿Por qué dices eso?

—Es una frase fija —dijo Sekiseki. Quizás esta también fuera una frase fija. Debía ser una de las palabras registradas de antemano en el dispositivo de vocalización del hipocampo inteligente.

—¿También estudias en la escuela terrestre? —preguntó Surinosuke.

—No es ninguna sorpresa. Hay mucho que aprender. ¿Verdad, Kunembo?

—Mi papá me dijo que fuera, pero me alegro de saber cómo te llamas. La próxima vez que te vea en el mar, sabré cómo llamarte.

—¿Has terminado la charla, Surinosuke? Entonces, continuamos con la clase.

La maestra Midoriko indicó que del libro de texto *Ise Monogatari*, estudiabamos “Akutagawa”. Mientras la maestra Midoriko lo leía en voz alta, seguimos el texto en nuestra propia tableta.

> En el período Heian, el aristócrata Ariwara no Narihira se enamoró de Takaiko, una mujer noble. Sin embargo, sus hermanos se oponían. Los amantes se fugaron juntos. Takaiko vio el rocío en una hoja de la hierba. Como no conocía el mundo, preguntó ingenuamente si era una perla. Los dos tuvieron que pasar la noche en un edificio antiguo. Narihira vigilaba la puerta, pero Takaiko había desaparecido en la mañana. Fue devorada por un demonio durante la noche.
>
> *Cuando me preguntó: «¿qué es eso? ¿Es acaso una perla?», le respondí: «Es rocío». Ojalá hubiera muerto como el rocío que desaparece.*

¡Un demonio! Qué miedo. Hace miles de años existían animales salvajes peligrosos en Japón. Debían haber desaparecido como los lobos.

—Dice “un demonio”, pero en realidad, los hermanos de Takaiko fueron tras ellos y entraron por la puerta trasera para traer a su hermana de regreso —dijo la maestra Midoriko.

—Me alegro que el demonio no se comiera a ninguna muchacha—dijo Surinosuke.

Asentí. Ser secuestrada por hermanos sería menos horripilante que ser devorada por un demonio.

—Narihira no podía rendirse, a menos que pensara que a su amada se había comido un demonio— dijo Sekiseki.

Pensé que habló como una persona experimentada. Surinosuke miró a Sekiseki con admiración.

Durante el recreo, después de comer ostras congeladas, Sekiseki puso un grano pequeño en mi palo y dijo:

—Te daré esto.

—¿Qué es eso? ¿Es acaso una perla?

Dije como si fuera la doncella Takaiko del cuento. Cuando la miré de cerca, realmente era una perla, distorsionada, del tamaño de una soja. Apenas logré decir: «Gracias. La valoraré mucho» y la guardé en el bolsillo de mi falda.

Fue la última vez que vi a Sekiseki y a Surinosuke, porque dejé de ir a la escuela.

Mi trabajo era tan secreto que no podía decirles a mis amigos. Sekiseki me entendería.

Los animales inteligentes fueron creados para realizar trabajos peligrosos para los humanos. Soy una chimpancé creada por una familia humana. Puedo ejercer una fuerza tremenda si lo necesito, pero aún no lo he hecho.

Dado que la producción de inteligencia animal viola los derechos de los animales y la inteligencia artificial se ha desarrollado hasta el punto de que funciona mejor que el cerebro natural, ya no volverán a producirnos. El proyecto de inteligencia animal terminará con el retiro y muerte de los animales inteligentes existentes.

Una vez alguien me dijo:

—Sufres más que la perra Laika, que fue lanzada al espacio sin saber por qué.

Dado que la inteligencia y el conocimiento amplían la gama de emociones, pensaba que mi infelicidad era más fuerte que la de la perra soviética. Fingí no haberlo oído, pero me daría más miedo volar muy lejos sin comprender de se qué trataba mi trabajo.

La abuela hizo un colgante de resina en forma de gota, encerrando la perla que me había dado Sekiseki.

Puedo llevar pocos artículos personales al barco a Marte, pero como el peso total del nailon y la resina es menos de cinco gramos, puedo subir a bordo con el colgante puesto.

Si termino mi trabajo en Marte y regreso a la Tierra, probablemente aterrizaré en el Océano Pacífico. Estaría muy feliz si Sekiseki me encuentra. Si Surinosuke está en el barco que me recoge, sería una pequeña reunión de compañeros de clase.

Traducción de Toshiya Kamei

Umiyuri Katsuyama es una escritora japonesa. Nació en Iwata. Hizo su debut literario en 2008 con la colección de cuentos *Ryuganseki to tadanaranu*

***musume*. Recibió el Premio Japan Fantasy Novel por *Sazanami no kuni* en 2011. Su libro más reciente es la novela *Chuushi, ayashii nabe to tabi wo suru* (2018). Su cuento *"Arewa shinju to iumono kashira"* fue ganador del concurso Kaguya SF organizado por VirtualGorilla+.**

Hasta que llegue una luz roja

Mike Jansen

[image] **PAÍSES BAJOS**

Tu rostro se ve apenas detrás del respirador; tu cabello dorado es lo único que me recuerda que en el alto trono estás tú, con tus miembros frágiles descansando sobre almohadas, mientras surge un gorgoteo leve de las máquinas que te acompañan, manteniéndote viva.



Ilustración: Pedro Bel

A la moribunda luz del triple sol de Trega II, tus ojos son de un vívido gris azulado, un hielo oscuro que me atrajo hace tantos años cuando me miraste con una severidad que acarreaba una promesa.

La vista de la ciudad desde tu ventana en el hospital es asombrosa, cientos de rascacielos rodeados de la selva eterna del continente polar que colonizamos setecientos años atrás. El nuevo hogar de la humanidad lejos de la Tierra. Para nosotros es un desperdicio, sólo nos observamos el uno al otro.

Me arrodillo a tu lado y te tomo de la mano frágil. Es un ritual que realizamos de vez en cuando. Es una cuestión de tiempo el que mueras o te cures. Sin embargo, incluso luego de cruzar la vastedad del espacio interestelar, aún no se ha hallado la cura para esto, esta enfermedad. Las palabras de tu oncólogo fueron rotundas, como mucho unas semanas. El dolor sincero en sus ojos nos lo dijo todo.

No puedo vivir sin ti. Lo decidí hace más de un año. Nunca me preguntaste por el remedio que te traigo. Yo nunca me ofrecí a explicártelo. Esa es mi carga. No soy un asesino, pero protegeré a mi amada.

Notatlán lo entendió, cuando fuimos a verlo a su guarida del desierto, apenas un día después de escuchar la sentencia. Mi amada y yo habíamos estado estudiando a su gente durante años y Notatlán había aprendido nuestro lenguaje mucho más rápido de lo que nosotros habíamos podido interpretar su sociedad.

—Tu propósito ha cambiado, humano —dijo con su voz aguda y chillona cuando entré. Asentí.

—Eres sabio y observador, Notatlán. Busco tu saber. Y la razón por la que aún vives. Nuestros primeros registros muestran que estuviste aquí hace setecientos años. Pero tu gente raramente vive más allá de los cincuenta.

—Shshra, tengo que contarte la historia de las Sombras Largas, si quieres escucharla.

La historia era larga y complicada, pero me enseñó sobre los verdaderos dioses de Trega II.

Ahora mismo, en estos salones de enfermedad y muerte, los falsos dioses de bata blanca, que se dan el nombre de doctores, entregan medicinas y procedimientos. Espero que en cualquier momento una Sombra de Piedad atraviese los tronos de reyes y reinas. Quizá esa es mi esperanza, que se tome la decisión sin mí, ya que estoy igualmente a merced de mi propio deseo: verte vivir un poco más.

No puedo creer que tú, que nosotros, dejaremos de existir. Una convicción fuerte es un don, es convicción, es un poder de la voluntad que lleva a un hombre a los extremos para alcanzar metas que algunos llamarían improbables, si no imposibles.

Con algo de ayuda de las Sombras Largas mi voluntad ha superado, por ahora, los obstáculos de tu enfermedad, aunque cada vez es más difícil obtener la esencia necesaria para extender tu vida.

Mirándote a los ojos veo la necesidad de ser libre, de terminarlo todo, pero niego con la cabeza. Todavía no es tu hora, no, aún no, no te dejaré ir.

Entra un dios y examina los gráficos de tu pantalla. Se va, sin sentir las dagas de mis ojos clavadas en la espalda, sin notar la mano en el bolsillo derecho de mi chaqueta que aferra el escalpelo escamoteado de una bandeja en el Reino Estéril.

Te aferro la mano y lloro, con la decisión tomada y la resolución firme. Murmuro algo sobre ir al baño y prometo volver pronto. Tus ojos me siguen al salir. Hay lágrimas, sé que las hay. Las siento también en mis ojos. Las tuyas, por tu situación y tu soledad. Las mías, por la vida que

estoy por extinguir.

—¿Es la única manera, Notatlán? —pregunté.

La criatura asintió a su manera.

—Nuestros Dioses son oscuros y vengativos. Requieren un sacrificio…

—…a cambio de lo que necesito.

—Shshra, paga bien a las Sombras Largas y te devolverán el favor.

Los salones de este reino tienen muchas puertas con luces rojas y verdes. Algunas están apagadas; es una ausencia no sólo de luz, sino del alma que alguna vez ocupó el trono en el interior. Cuando doy vuelta a una esquina veo un dios que abandona una habitación, con los guantes aún puestos, llevando una bandeja con una jeringa automática que sé que contiene un sedante fuerte. Es mi signo, mi presagio. No soy alguien que ignore lo que el destino me depara.

Miro alrededor y sin ser visto me deslizo a la habitación, con la mano derecha temblando en torno al mango del escalpelo. Por la espalda me corre un escalofrío. Siempre siento una reluctancia, una resistencia casi sólida contra lo que estoy por hacer, el diezmo que estoy por entregar a los dioses que no son los que recorren estos salones. Todos podemos ser Sombras de Piedad si el momento nos llega y me doy cuenta, con gran claridad, de que un momento así ha llegado.

Me llega a los oídos un ronquido suave. No es un ronquido saludable, sino la lucha de un cuerpo enfermo en busca de oxígeno, de mantener latiendo el corazón, de impedir que sus órganos fallen. ¿Y para qué? Para sostener una enfermedad incurable que el cuerpo ni siquiera sabe que está allí. Somos criaturas patéticas, unidas a nuestras formas terrenales sin que nos importe el mundo que nos rodea, sin entender el ciclo implacable que finalmente nos convertirá a todos en polvo. Pues nuestro tiempo es breve. La gente en estos salones lo sabe muy bien, pese a los susurros tranquilizadores de los dioses de bata blanca.

La luz suave de la habitación ilumina el trono. El hombre, de piel amarilla y débil cabello ralo y escaso, está demacrado, su figura esquelética cubierta apenas por un fino paño blanco. Me acerco suavemente, observo el ritmo lento y dificultoso de su respiración, y veo claramente sobre él la delgada línea de su vida. Me apodero de un trozo de tela de una mesa lateral.

Obviamente el avatar de la Sombra de Piedad está en mí. Cada vez que he visto la línea alguien debía morir para que mi amada viviera un poco

más.

Mis plegarias a los dioses verdaderos de Trega II siguen los patrones de la respiración del enfermo, sincronizándose, volviéndome uno con la habitación, con la situación, con la necesidad de crear el momento perfecto para su partida y la recolección del resto de sus energías.

—Las Sombras Largas te llevarán y abrirán tus ojos a su mundo —advirtió Notatlán—. Puede que no te guste lo que veas. Puede que no te guste lo que se espera de ti.

—Sólo me importa mantenerla viva, Notatlán. Haré lo que sea.

La criatura terminó su dibujo en la arena.

—A veces desistir es el sacrificio más grande, humano —dijo, antes de que se oscureciera el mundo.

Corto la válvula que impide que el sedante le inunde las venas. El líquido le entra rápidamente al cuerpo. Su respiración parece detenerse y espero, ruego que esta vez él parta en silencio. Pero entonces abre los ojos, amarillos e inyectados en sangre. Veo en ellos el temor, el conocimiento de que las Sombras Largas se abalanzan sobre él y le ha llegado la hora. Intenta abrir la boca. Le veo la lengua manchada, hinchada, un gusano baboso que serpentea e intenta escapar. Por supuesto, no puedo permitirlo.

Con el paño le aferro la lengua, tiro de ella y la cerceno. La envuelvo rápidamente en el paño y lo fuerzo a cerrar la boca apoyándome en su mandíbula hasta que le hace efecto el sedante. Pone los ojos en blanco, le sale sangre de la nariz y se ahoga, dejándome con un trofeo, el vehículo que requieren las Sombras Largas para llevar la esencia viviente a un ser amado.

Salgo de la habitación sin dejar rastro. La luz es roja, señal de que los dioses convergerán hacia el alma desventurada que está dentro, para rescatarlo del umbral del olvido, si pueden.

En el baño, la luz blanca es de un frío helado. El espejo me muestra el rostro ceniciento con arrugas que nunca había notado. Miro el paño manchado que llevo en la mano y lo arrojo en el fregadero antes de abrir el agua para lavar la sangre.

Sin sus líquidos, el pedazo de lengua es de un color rosado pálido. La sangre es blanda, salada, con un regusto amargo, que recuerda a los aromas de los salones de este reino. Una calidez me invade el cuerpo; un entusiasmo exultante me inunda el cerebro, convirtiéndome al menos en un igual de los dioses de bata blanca, blandiendo un poder que ellos nunca podrán, otorgado por el avatar de la Sombra de Piedad. Con delicia casi

narcisista descarto el paño, me lavo las manos y me busco salpicaduras en la ropa. Estoy listo para partir, listo para mi amada.

Eludo dioses y semidioses que corren por los salones y llego de nuevo a su trono. Ella descansa, de a ratos, con el cabello dorado rodeándola como una corona antigua. Me siento a su lado y le tomo la mano. Me llena una profunda satisfacción, pues puedo prolongar una vez más su existencia y conservarla conmigo. Lo que haga falta, lleve el tiempo que lleve, haré lo que me piden las Sombras Largas. Cuando me inclino sobre su mano para darle el beso de la vida, ella se aparta.

Sorprendido, levanto la mirada, mirando directamente a los ojos color hielo oscuro de mi amada. Allí ahora no hay amor, ni decisión, ni culpa, ni temor. Reconozco su resignación y eso me desespera. Aparta el respirador; tiene amarillas las mejillas huecas, al igual que las manos y los brazos. Susurra:

—Basta. Ya está.

Aferro las barras de metal al costado de su trono y las aprieto.

—Por tí, amor, he sido una Sombra de Piedad. Por favor, no me lo niegues. Eres lo único que se interpone entre una locura asesina y yo.

Me sonríe.

—Está bien. Te perdono.

Posa la mano sobre la mía. Apoyo la cabeza sobre su mano, sintiendo el contacto de sus dedos fríos.

—Siempre fuiste la más fuerte de los dos —murmuro, los labios contra su carne.

—Sé mi Sombra de Piedad —suspira. La miro.

—No puedo. No me pidas eso.

—Esa es la carga que debes llevar, mi amor.

Respira con dificultad y vuelve a ponerse el respirador para ganar un poco de fuerza. Después de un minuto me mira con lágrimas en los ojos y susurra a través de la máscara:

—Libérame… Déjame ir…

Me doy cuenta lentamente de que este momento es su acto final de desafío, la última chispa de fuerza que la lleva a elegir cuándo y cómo morirá. Para mí es un momento de *satori* el darme cuenta de que el poder que he adquirido al quitar una vida también puede usarse para quitar otra, aunque esa vida me sea tan querida. Recuerdo las palabras de Notatlán: «A veces desistir es el sacrificio más grande».

El avatar de la Sombra de Piedad desciende sobre mí y lo alimento, no sólo con los fuegos de mi furia interior y la miríada de emociones del momento, sino también con las chispas de vida que he acumulado cuidadosamente los pasados meses, hasta que las alas de la Sombra se extienden hasta el infinito y la oscuridad invade la habitación.

Siempre hay que pagar un precio, pero lo pago con gusto para pasar con mi amada unos momentos que se extienden por la eternidad, sintiendo que se mezclan nuestras energías, que nuestras almas se entrelazan, hasta que llegue una luz roja.

Traducción: Marcelo Huerta San Martín

Mike Jansen nació y vive en los Países Bajos, y ha publicado textos de variada extensión en antologías y varias revistas en su país natal y en Bélgica, incluyendo *Cerberus*, *Manifesto Bravado*, *Wonderwaan*, *Ator Mondis* y *Babel-SF*, y antologías publicadas por Verschijnsel: *Ragnarok* y *Zwarte Zielen* (*"Almas negras"*), entre otras.

Se domicilia en la ciudad de Hilversum, cerca de Amsterdam. Ha ganado los premios King Kong a mejor nuevo autor y mejor autor en 1991 y 1992 respectivamente, así como una mención de honor por un trabajo presentado para la competencia de lanzamiento de la revista australiana Altair en 1998.

Otras publicaciones suyas pueden encontrarse en http://www.meznir.info.

Ha publicado en Axxón; en Ficciones: INSTRUCCIÓN PARA DECONSTRUCCIÓN (nº 291), LAS CATACUMBAS (nº 298)

El sueño de Kirot

Antonio Mora Vélez

[image] **COLOMBIA**

En el amplio cosmódromo de Bradzila, en medio de las luminosas ráfagas de despedida que partían de las pequeñas antenas de los cantorianos, Kirot hacía la O de la esperanza que los habitantes de Cantor acostumbraban a hacer en los momentos más importantes. Con la mano izquierda maniobraba el mecanismo de ascensión que lo llevaría hasta la cúspide del cohete propulsor. También de sus antenas platinadas salía un fulgor como de cien soles que descubría ante sus hermanos el estado de intensa emoción en que se encontraba. Porque servía a su pueblo y a él le parecía aquello lo más hermoso que podía realizar un cantoriano.

Kirot entró en la nave y poco después los cuatro reactores se encendieron en forma tan impresionante que mucho creyeron ver el día del cual tenían noticias y el cielo vio nacer segundos después una estrella que se hizo pequeña y pequeña hasta que se perdió en las inmensidades del cosmos.



Ilustración: Pedro Bel

La nave *Cronset* comenzó la difícil maniobra de lograr la velocidad requerida para conseguir la ruta hacia el otro lado de la estrella negra. Cantor, más que un planeta, parecía una pompa de jabón nadando en un océano de petróleo. Por eso sus habitantes jamás entendieron el mensaje que les hablaba de un sol brillante y de planetas oscuros que giraban a su alrededor. Cantor era brillante como una estrella y su calor no lo recibía de la estrella negra en torno de la cual giraba.

Luego de muchos zarcos de viaje, el espacio negro se fue llenando de

infinitos puntos brillantes como Cantor. Kirot vivía por vez primera la experiencia de la luz y hasta pensó que su sensibilidad lo traicionaba, que veía a su planeta por todas partes, hasta en los alrededores de la nave, porque no dejaba de imaginar su regreso, ni dejaba de pensar en la inconmensurable empresa que sus hermanos habían planeado y del cual el viaje era apenas el comienzo. A cada rato se decía: "Cantor es bello pero su aire casi nos asfixia", anhelando siempre que al otro lado de la estrella negra flotara otro planeta con aire respirable que les hiciera posible la prolongación de la vida. No importaba que fuera oscuro, como decían los mensajes captados, lo importante era que se pudiera habitar, porque ya Cantor no les brindaba mejores perspectivas.

II

Al principio fue un borde inmenso que se destacaba en medio de la alfombra llena de puntitos titilantes que semejaban un fondo. Sólo sabía que existía por los dos matices negros que sus antenas captaban. Luego apareció la enorme estrella amarilla de cuya existencia sabía por los informes científicos, pero mucho más impresionante de lo que imaginaba. Kirot no había captado jamás policromía más indescriptible. Los tonos rosa, violeta y azul, intenso desfilaron ante sus antenas en sucesión de fantasía, hasta que el esfuerzo de concentración y la intensidad del fulgor terminaron por adormecerlo. Prefirió entonces soñar con Cantor y dejar bajo el control automático, la dirección de la astronave.

Cuando Kirot despertó, el horizonte de la curva infinita había desaparecido por completo y en la ruta de la nave aparecía enigmática e imponente una esfera azul tachonada de nubes rojizas. A sus espaldas, transcurridos varios *parlucks* de vuelo, dormía como animal cansado, la estrella negra de sus ancestros. Entonces se comunicó con la estación del cosmódromo cantoriano y luego echó un vistazo a los tres cuerpos que estaban en su trayectoria, que eran como tres soles de diferentes tamaños y colores: amarillo, azul y plata, respectivamente y en orden de superficie.

–Hola Cantor, nos acercamos al gigante azul… ahora lo puedo ver plenamente– repetía seguido.

– ¡Lo escuchamos! –le contestó una voz metálica y vibrante.

–He salido del espacio tenebroso y ahora navego entre tres moles como estrellas pero con el brillo de nuestro planeta. En la distancia, entre las moles, hay millones de puntos luminosos que titilan…

–Lo escuchamos Cronset –volvió a decir la voz metálica al otro lado

de ese fragmento del universo.

Hubo entonces una pausa como de diez minutos terrestres.

–¡Hable Cronset! Nos preocupa su silencio –ordenaron desde Cantor.

–Perdón, es que estaba observando algo interesante… son como artefactos que describen órbitas convencionales…

–¿Artefactos? –le interrogaron desde el cosmódromo.

–Sí, artefactos, y son de fabricación racional, sin duda… y parecen provenir de la estrella azul –respondió el cosmonauta cantoriano.

–¿Cuáles son sus dimensiones, Cronset?

–Algunos son tan grandes como Cantor, al menos eso me pareció por la distancia. Otros, los más hermosos, de tonos grises y oscuros, son tan grandes que no podría compararlos con algo que ustedes conozcan.

–¿Le han visto sus tripulantes?

–Creo que no, por lo infinitamente pequeño que debo parecerles… además, no parece que tuvieran tripulantes.

III

El tenue desplazamiento de la nave cantoriana por la inmensa alfombra negra tachonada de estrellas, creaba una sensación de placidez en Kirot. Los puntos titilantes permanecían iguales, como si las distancias continuaran idénticas, y ya no existía la curvatura indefinida de la estrella negra. Todo permanecía inmerso en la más desesperante quietud. Por esta circunstancia Kirot se la pasaba la mayor parte del tiempo escuchando la música del pensamiento que transmitían las estaciones del planeta. Era una música tenue pero compleja en matices y sonidos, de mayor polifonía y con más armonía que todas las composiciones de origen electrónico que conocieron sus antepasados. Y producía, que era lo principal, una agradable sensación de tranquilidad, tanto que a Kirot le parecía como si la música saliera por todas partes y fuera ella la que lo escuchara a él mecerse en la silla al compás del ritmo. Así transcurrieron varios zercos que se fueron en sucesión tan rápida que al héroe de Cantor se le olvidó el tiempo y no supo el momento en el que una enorme mole grisácea se fue acercando a su pequeña nave del espacio. Al verla, sintió que la bóveda del cielo se le venía encima.

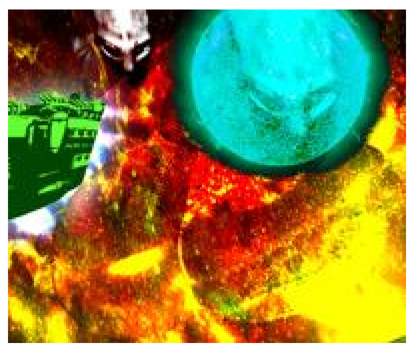


Ilustración: Pedro Bel

–¡Cronset, maniobre!

–No puedo, la fuerza de atracción es mayor… .

–Disminuya la velocidad, entonces… .

–Eso trato de hacer, Cantor… accionando los retropulsores…

Entretanto en la otra astronave, dos cosmonautas bastante alterados, afrontaban también el peligro con igual decisión.

–Bop: ¡El meteorito empieza a describir una curva hacia K con un radio focal peligroso!

–¡Maldición… con tanto espacio tener que pasar por nuestra ruta!

–Habrá que hacer una pulsación de ascenso… ! conecta los controles de maniobra!

Eran dedos maravillosos, sin duda, de estructuras diferentes, pero dedos en fin de cuentas que accionaban palancas y botones con la facilidad de los dioses, dedos que dirigían con su ciencia el fantástico concierto de colores de los tableros de mando.

–¡Irkurx… Irkurx!

–Parece que todo va a resultar bien, Centrox…

–¿Están seguros que es un meteorito?

–No tan seguros… esa maniobra de desplazamiento no es natural… .

–Irkurx. Hay algo que interfiere la comunicación, suena débil y muy penetrante, como un sonido de elevada frecuencia…

–Lo que trataba de decirles… ese objeto brillante como una estrella parece una nave del espacio…

Y en el interior de la brillante y pequeña nave.

–¡Cantor… eso parece un mundo habitado por seres inteligentes!

–¡Trate de establecer comunicación con ellos!

–Va a ser difícil, Cantor. Estoy tratando de lograrla con emisiones direccionales, pero hay algo que no comprendo. Las ondas se refractan como si chocaran con un muro invisible… una especie de barrera de sonidos graves que me recuerdan los pensamientos helados de la corriente Anouilt…

–Acá escuchamos el fenómeno también… suena como un ejército de tambores con cuero de Pejos.

Kirot contó el tiempo en angustias y vio cómo su nave pasó a solo mil kilómetros de la rústica y oscura superficie de la otra, navegando por un espacio que parecía una plataforma interminable brillada con aceite de karma. Los tripulantes de la Irkurx vieron, por su parte, cómo una estela de luz blanca quedaba tras el pequeñísimo objeto de brillo nacarado que se perdía definitivamente en el espacio.

IV

Cada parluck que pasaba le parecía a Kirot un pedazo de esperanza que se le perdía. Cantor ya no le contestaba, quizás por la distancia, o por algún desperfecto causado por la maniobra de desviación del rumbo. Y todos los esfuerzos que hacía para retornar a la trayectoria original le resultaban fallidos. Había llegado a la conclusión de que su pequeña nave estaba condenada a vagar sin rumbo por las inmensidades cósmicas, si no ocurría antes algo inesperado. La infinitamente grande esfera azul ahora le señalaba su curvatura por el lado izquierdo, por la ventanilla de cristal cromado. La antena de bronil que rompía la negrura del cosmos le indicaba un rumbo diferente. Estaba condenado a pasar de largo, a no poder llegar al planeta azul, y sus hermanos de Cantor a tener que repetir la experiencia de la búsqueda con otra cosmonave y quizás para ese entonces resultara demasiado tarde porque las explosiones de gas letal de la estrella negra no les daban mayor margen de espera.

– ¡Cantor… Cantor! me acerco al gigante azul pero no estoy seguro de poder posarme en él… mis coordenadas son las siguientes… .

Kirot repetía cada dos o tres zircos el mismo mensaje, con la única variación de las coordenadas, pero el silencio era todo lo que recibía como respuesta. Su receptor se llenó de sonidos que a veces parecían trinos y en otras, guijarros de cristal que caían y se rompían.

El tiempo se fue de modo imperceptible y la distancia que lo separaba de lo que para él era una enorme estrella azul, se acercó hasta el máximo de solo ver por su ventana nubes grises y blancas en sucesión coreográfica,

como si el negro del espacio se hubiera perdido totalmente. Fue entonces cuando empezó a sentir la enorme fuerza de atracción de la estrella y a notar con infinita alegría que su nave iniciaba una parábola de descenso que no obedecía a sus controles sino a la misma fuerza del gigante azul que la conducía. Al cortar tangencialmente la atmósfera sintió que su cuerpo ardía. Fue una experiencia aterradora pero pasajera. Luego de perforar las nubes protectoras vería con nitidez un mundo de colores hermosos que era como Cantor aumentado en kil persecs. Mares azules de superficies encrespadas, montes decorados de blanco que parecían parasoles del mundo, bosques de pinos y abedules que casi llegaban al cielo, llanuras sembradas de vida, y todo eso le hizo pensar en Cantor y tener la sensación de que había regresado a su planeta, pero convertido en un ser infinitamente pequeño.

Poco a poco la visión del planeta se le fue haciendo más clara. Pudo entonces comprobar que era en verdad oscuro al observar las miríadas de lucecitas que daban brillo y resplandor a las noches de la parte negra, y de comprobar también que la luminosidad de las nubes y los mares no era propia sino reflejada, que la verdadera estrella era la amarilla y que el astro que visitaba no era un sol sino un planeta.

Poco después de posarse sobre él, abrió la escotilla y vio que flotaba sobre las aguas de un mar en calma y que navegaba hacia una isla impulsado por una corriente de poca fuerza. Al arribar a ésta salió con todos sus equipos con la decisión de explorar esa parte del planeta, pero sintió que sus movimientos le costaban un gran trabajo y como si una masa gelatinosa le impidiera mover sus brazos; dos pequeños obstáculos que superó con uno de sus acondicionadores de ambiente. Poco después, en la playa, decidió comprobar la composición de la atmósfera; se quitó la visera de su casco y poco a poco, con cierto y natural temor, fue aspirando una pequeña porción de aire que la pareció interminable.

–¡Cielos… ¡Es aire de Cantor, pero condensado! –exclamó.

En medio de la vegetación se dedicó a mirar los cocoteros, los peces saltarines, los cangrejos y las aves, la orilla blanca y a los lejos su nave sobre las aguas, la cuesta sembrada que terminaba adornada con una corona de hielo, los chorros que salían del interior de la tierra unos kitros más adelante, hasta que se cansó de caminar y de mirar, se recostó al pie de un árbol frondoso y se quedó dormido.

V

Las antenas de Kirot, ágiles y desesperadas, buscaban la fuente del

ensordecedor ruido. Eran dos filamentos como bulbos con luz de sol en las esferillas terminales que le permitieron ver cómo las palmeras se venían al suelo y el mar se encrespaba peligrosamente. Sintió que el terreno que pisaba se estremecía y que el cielo se llenaba de hongos rojos, en medio del desconcierto de esa naturaleza que momentos antes creyera el reino de la placidez. Sintió entonces todo el pavor posible de sentir, pero pensó en Cantor y recordó que tenía un rocket de gravitación y un pequeño generador de campo que le permitirían escapar de ese infierno.

El sol comenzó a ponerse en la orilla mediata del mar. Ahora todo volvía a ser como antes: quieto, con un silencio solo enturbiado por la música de viento y el canto de los platirrinos. Imaginó que todo había sido una pesadilla y se animó a completar su misión. Anduvo con su discóbolo por ríos, montañas, islas y mares, orientándose en la búsqueda de las ciudades, con poca facilidad de movimiento. Hasta que divisó un perfil diferente a los demás. Eran cúpulas inmensas situadas al lado de monumentales cilindros de hormigón y vidrio que parecían piezas de un juego de habilidad manual ente gigantes. Largas avenidas divididas por árboles coposos y un sin número de seres sin antenas completaban el paisaje. Supuso entonces que había llegado al lugar donde residían los habitantes y muy cautelosamente, para no ser visto, se fue acercando al edifico más alto. Observó que en su interior muchos hombres discutían, bajó su discóbolo en la terraza y seguidamente, en medio de la total indiferencia del portero, entró a la sala de sesiones. Sus antenas percibieron como si mil tambores sonaran al tiempo a su alrededor y emitieron un rayo de luz que enceguеció a los asistentes por varios minutos. Sintió entonces la mirada de todos y pensó que había llegado el momento de hablar.

–Nosotros venimos de un pueblo pacífico que se está asfixiando con los gases que salen de nuestra estrella negra…

Les dijo también que había visto en el planeta de ellos islas deshabitadas con una vegetación maravillosa y les pidió que le permitieran a los cantorianos mudarse a una de ellas, que allí todos cabían… pero los delegados no entendieron el extraño idioma y tuvieron que taparse los oídos para evitar la intensidad de la onda sonora de altísima frecuencia en la que se comunicaban los hijos de Cantor.

Kirot no había terminado de hablar cuando dos gigantes se le echaron encima con una tela ancha de color muerte para envolverlo y casi asfixiarlo, pero él insistía que su pueblo lo enviaba en son de paz, que su civilización estaba en peligro de extinguirse, que lo que querían era un pedacito de tierra de esa que utilizan para destruirla con explosiones abrasantes que él no comprendía. Poco tiempo después estaba Kirot en una celda de paredes

oscuras, tratando de descifrar el lenguaje de los hombres que le llevaban con pinzas los alimentos que terminaron por gustarle.

Al mes de estar Kirot en cautiverio y habiendo conocido más de uno de los secretos de los hombres blancos, y habiéndose cansado de explicarles las razones de su viaje, decidió fugarse. Había llegado a la conclusión de que era preferible morir asfixiado en Cantor que morir incomprendido en un planeta de gigantes estúpidos que, incluso, le ocultaban al resto de la población, su llegada. Y hasta lo hubiera logrado de no haber sido por lo que ocurrió en esos días de la planeada fuga.

Una voz que ya le era familiar, la de la radio, dijo:

–Atención, noticia de última hora, la Dirección del Espacio Exterior ha comunicado que la nave Irkurx ha chocado con un objeto no identificado, al parecer un asteroide, en forma por demás inexplicable, y en las cercanías de la estrella negra…

Kirot comprendió que la nave esperanza que lo aguardaba arriba, desaparecía con ese impacto y sintió que todos sus sueños se desvanecían. Pensó entonces en Cantor, en la cara de asfixia de sus hermanos, en la primera bocanada de aire denso que aspirara en el planeta de sus captores, en los cocoteros y demás árboles que hacían la danza macabra de los hongos rojos, en el estridente ruido que escuchara en la asamblea de ese mundo, en las moles grises que surcaban el espacio a su llegada, y deseó sinceramente con todas sus fuerzas haber amarizado en otra parte. Cuando la radio terminó de explicar los detalles de la tragedia, guardó sus pequeñas antenas como el avión sus ruedas, y se quedó eternamente dormido con la palabra Cantor cristalizada en sus labios.

Este cuento se publicó por primera vez en la antología de cuentos *Glitza*.

Antonio Mora Vélez: Cuentista, poeta, novelista y ensayista. Cofundador de la Unión Nacional de Escritores y del Parlamento Nacional de Escritores, del cual fue su primer presidente (2003). Es considerado uno de los precursores y un clásico de la ciencia-ficción colombiana. El escritor del género que más libros de ciencia-ficción ha publicado en Colombia y que más veces ha sido incluido en antologías internacionales.

Su debut como narrador del género se dio en las páginas del Magazín Dominical del diario nacional El Espectador en 1970 con los cuentos *La gota*, *La Dictadura Hal*, *Los Otros* y *El Hijo de las estrellas*.

Ha escrito los libros de cuentos *Glitza* (1979, que incluye los cuentos antes mencionados), *El juicio de los dioses* (1982), *Lorna es una mujer* (1986), *Helados cibernéticos* (2011), *La gordita del Tropicana* (2012), *La duda de un ángel* (2013), *Atlán y Erva* (2014) y *Lina es el nombre del azar* (2014); los poemarios *El fuego de los dioses* (2001), *Los caminantes del*

cielo (1999) y _Los jinetes del recuerdo_ (2015); las novelas _Los nuevos iniciados_ (2008, Segunda edición 2014) y _A la hora de las golondrinas_ (2011), y los libros de ensayos y artículos: _Ciencia-Ficción: el humanismo de hoy_ (1996) y _La estrategia de la solidaridad_ (2006).

Sus cuentos y poemas figuran en varias antologías nacionales y extranjeras, entre las cuales destacamos: _Antología del cuento caribeño (2003)_; _Antología del cuento fantástico colombiano_ (2007), _Primera antología de la Ciencia Ficción colombiana_ (2000), _Joyas de la Ciencia Ficción_ (La Habana, 1989); _Dimensión Latino-Antología latinoamericana de Ciencia Ficción_ (Paris, 2008) y _Tricentenario_ (Buenos Aires, Argentina, 2012).

Antonio Mora Vélez ha obtenido varios premios y distinciones por su obra literaria. En Córdoba fue declarado como uno de los personajes del siglo XX por su contribución a la literatura (1999). En agosto de 2014 el Parlamento Nacional de escritores le hizo un reconocimiento a su obra.

Ha publicado en Axxón; en Ficciones: "IOD EL ÚNICO" EN "FICCIÓN BREVE (1)" (nº 146), "THRILLER" EN "FICCIÓN BREVE (VEINTITRÉS)" (nº 160), YUSTY (nº 191), "HISTORIA PROFUNDA" EN "FICCIÓN BREVE (SESENTA Y SEIS)" (nº 228), LOS OTROS (nº 244), TRASPLANTE DE CABEZA (nº 265); en Ensayo: "1984" Y EL PODER DESPÓTICO (nº 132), FAHRENHEIT 451: LA NOVELA DE LA LIBERTAD (nº 165), LA ENTROPÍA Y EL HOMBRE (nº 168), EL MAR EN LA CIENCIA FICCIÓN (nº 168), ARTHUR C. CLARKE Y LA ODISEA DEL HOMBRE (nº 183), LA VIDA Y EL UNIVERSO (nº 208)

Nuestra safeword is Miau

Daniel Centeno

[image] **MÉXICO**

A Julieta

Jorge llegaba tarde a clase de Biología con la excusa de haber ido a gabinete. Se las sabía todas todas. Con todo el asunto de las tutorías y la inteligencia emocional, invocar a la psicóloga sin levantar sospechas era como un superpoder. Igual le pudo haber dicho que una pelea entre superhéroes y supervillanos destrozó la calle por donde iba su camión.

Todos los jueves la de Biología se la pasaba exponiendo diapositivas y leyendo con su voz de somnífero. Si de ella dependiera el proceso de replicación del ADN, si su voz fuese la coordinadora de la vida, seríamos una ciudad, no, qué va, ¡un mundo!, tan silencioso que el chillar de un perro nos parecería un acto terrorista penado con la disolución de nuestro código genético. Veríamos aquella escalera infinita que se replica dentro de nosotros, perdiendo uno a uno sus escalones hasta apagar con el estruendo de sus restos la voz de nuestra vida. Más o menos como sería nuestro futuro empleo. Pero la ciudad era todo menos silencio. Nadie escucharía nuestra pérdida. Siempre el bullicio de miles de gritos.

Jorge también llegaba tarde los viernes, cuando el de Física ya estaba entrado en la velocidad, el tiempo y la caída de todas las cosas.

—No saben lo mucho que van a extrañar tocar su joven piel—nos decía, mirando hacia la ventana.

Entonces llegaba Jorge.

—Todo me duele y no podía levantarme, ¿usted entiende? —El profe de Física le respondía con un gesto que sólo Jorge parecía entender. Le palmeaba la espalda y luego simplemente lo invitaba a sentarse y ponerse a trabajar muy muy duro.

Sólo yo conocía el secreto de Jorge. Pensaban que se la pasaba dormido, soñando coger con media escuela en un acto sexual multitudinario. (Lo cierto es que Jorge era pésimo teniendo parejas. Todas sus novias lo habían dejado por la misma razón: él quería ver peleas de la

UFC mientras cogían. Como ellas se negaban a golpearlo, su mirada siempre apuntaba hacia el televisor. Tenía que ver los golpes. A veces, mientras los veía, se le salían unas cuantas lágrimas que ellas confundían con un orgasmo muy triste.)

Su impuntualidad escolar encubría el oficio de su villanía. Él era el mejor de los villanos que existían en la ciudad. ¡Ningún otro atacaba tan temprano! Yo me preguntaba de dónde sacaba energías, entre el trabajo y la escuela. Algunas veces se le vio peleando a las siete de la mañana contra Nuestro Superhombre (pasado de copas y cubriéndose de la luz a causa de su supercrudéz o tomando Omeprazol).



Ilustración: Pedro Bel

Era una mancha negra en el cielo. Cada jueves era tendencia. Era un supervillano *influencer*. Encima de su traje negro (una malla para todo su cuerpo que parecía más traje deportivo que de supervillano) se ponía unos tenis Nike blancos con cristales de fantasía.

—Sólo voy a ensuciarlos contigo —le gritaba a Nuestro Superhombre.

Nuestro Superhombre fue llamado así porque ya había muchos otros superhombres en la tierra. Que nosotros tuviéramos a un superhombre especializado en los problemas mexicanos nos daba tanto orgullo que, para que se sintiera en casa, le bautizamos con un posesivo. Nuestro. Que fuera de Guadalajara lo hacía mejor: la Ciudad de México se sentía muy acá, pero ellos no tenían superhéroes, sólo luchadores con nombres estrambóticos que se romperían todos los huesos si intentaban hacer uno de sus saltos desde el RIU.

No era cualquier superhombre, Nuestro Superhombre no podía irse a ningún otro sitio. El gobierno mexicano pidió a la comunidad internacional que le llamara "Su Superhombre", si lo veían volando en algún otro lugar que no fuese México. El ex Cardenal más televisado del país pidió que su presencia se considerara un milagro propio de nuestra tierra mojada. Quién sabe qué habrá querido decir.

Total que Guadalajara, y en general México, se lo adueñó casi como si lo hubiesen registrado con propiedad intelectual. Lo explotaban y lo adoraban. Un día de estos le iban a cobrar por decir su propio nombre como si declarar la propia identidad fuese publicitarse.

Jorge debió notar eso. Su nombre como supervillano lo coreábamos al verlo pelear contra Nuestro Superhombre. Era un juego que establecimos entre nosotros. Su nombre de supervillano era, como no podía ser otro, Esclavo. Le gustaba que le gritaran:

—¡No, Esclavo, no lo hagas!

Le gustaba que le gritaran eso solo para gritarnos de vuelta:

—¡Si quieren ser mis amos, llámenme!

A veces gritaba un número telefónico al azar que la gente anotaba, esperanzada y lunática como fan de K-Pop o de Selena Gómez. Coger con un supervillano debe ser igual que poner un granito de arena para la destrucción del mundo, hacerlo feliz equivalía a mantenerlo en el camino de nuestra perdición, al menos simbólicamente. Y a muchos nos gustaba la idea del fin del mundo a manos del Esclavo de tenis Nike que iba por ahí volando y golpeando al pobre Nuestro Superhombre mientras lo hacía dudar de su hombría. Guadalajara siempre había cuestionado la sexualidad del mundo, y que un supervillano sensual tapatío lo hiciera tenía todo para ser llamado profecía.

Las peleas de Esclavo en la televisión eran de lo más extrañas. Le gritaba a Nuestro Superhombre:

—Háblame sucio, Mi Superhombre. Tú sabes cómo. Te gusta, lo sabes.

De algún modo, Esclavo fue el supervillano sadomasoquista que no sabíamos que necesitábamos hasta se apareció como una diva en la azotea de La casa de los Perros. El muy mamón estaba acariciándole el lomito a una estatua. Sus labios parecieron formar la orden "¡Quieto!" antes de que le hablara a toda la ciudad.

—Al chile, Mi Superhombre, ya llegué yo.

Muchos lo acusaron de ser otro chiquillo con delirio de grandeza, drogado con pastillas para la depresión o simplemente un suicida excéntrico que estaba por cometer una estupidez pública. A lo mejor podían tumbarlo contra el techo si le lanzaban un chorro de agua con una manguera (total, no sería la primera vez que se hiciera).

Esclavo se divertía al tener excusas para gritarnos cada vez que aparecía.

—¡Los superhéroes y los supervillanos no pagamos la renta con sus aplausos, cabrones! ¿No ven que no voy a tener pensión? Depositénme una lana en el banco.

La gente no tardó en hacer una campaña de *crowdfunding* para comprarle un mejor traje al Esclavo. O lo que él quisiera. Alguien debió ponerse de acuerdo para darle el dinero en algún lado. Estudiantes de diseño subieron a internet fotos de trajes que le hicieron y una cuenta de Facebook que se llamaba "El Esclavo Real No *Fake*" comentaba diciendo cosas como:

—¿Creen que a Mi Superhombre le guste cómo se me ven las piernas con este traje?

Había maestros de la UDG que, en el ánimo innovador de las inagotables reformas educativas, propusieron un concurso de diseño de trajes para superhéroes y supervillanos. Los debates de Mar Adentro se trataron, aquél primer año, sobre la naturaleza del mal, de los abusos del poder, de los golpes.

Cuando Nike se enteró de que un supervillano iba por ahí usando zapatillas de su marca, se puso manos a la obra en la campaña de publicidad más agresiva que hasta entonces habían lanzado. Ponían a chicos corriendo de prisa, batos *parkour* que subían a los techos, embutidos en mallas como las de Esclavo y decían, ya en lo alto, como si invitaran a pecar:

—*Just do it, now!*

No entendíamos si Nike apoyaba a un supervillano o le pedía que por favor nos entretuviera con su permanente publicidad.

Todos querían tener el tenis de su supervillano favorito.

Jorge fue el primero en llevar los nuevos tenis a la escuela (miren nomás su descaro). Se volvió superpopular, por un lado, mientras que por el otro había quienes lo tildaban de mamón porque ya siempre llegaba tarde. Le decían:

—¡Deberías ser como Esclavo, él siempre llega puntual!

Jorge sólo se encogía de hombros y seguía en lo suyo, quizá pensando en qué otras formas tenía de molestar a nuestro superhéroe local. A veces se quedaba dormido de cansancio.

Un día, en una de sus peleas, Esclavo sacó un látigo y dijo que él andaba en modo gato.

—Por si quieres darme tan duro como siempre —le dijo,

enrollándoselo en la cintura—. Tómalo cuando quieras.

En medio de la pelea se le oyó decir:

—*Teacher*, nuestra *safeword* es *Miau*.

Algunas gentes fanáticas empezaron a hacer *fanarts* de Esclavo con el traje de Gatubela de Michelle Pfeiffer. Lo dibujaron junto al Guasón, y hasta postearon fotos suyas con frases que decían frases motivacionales que acababan por criticar a la socieda'.

Una de las razones por las que todos apoyábamos a Esclavo es que, más allá de hacer lucir ridículo a Nuestro Superhombre, no cometía actos de villanía dignos de mención. Decía que él no sería uno de esos supervillanos destruyendo la ciudad, porque luego se le dificultaba llegar a su trabajo en el camión.

—Yo sí tengo que trabajar. ¿A poco creen que mi familia va a mantenerse sola? Aunque si Mi Superhombre quisiera volverse mi *Sugar Daddy*, podría retirarme de una vez. Ya saben, compensarme por todos los golpes. Papi, llámame, *please*.

Era un supervillano troll cuya única meta era hacer que el héroe se levantara temprano, quería sacarlo de la cama para que no pudiera dormir o para que llegara tarde al trabajo. Sus peleas tenían tal coreografía que, de un modo u otro, siempre había quien creaba memes mañaneros con la pelea del día. Siempre sin falta, con una disciplina superheróica.

Una vez, frente a las cámaras, Esclavo le dijo a la entrevistadora:

—Yo creo que Mi Superhombre ha de ser de la calzada para allá, del lado *nice*, fresón, porque, ¿de qué otro modo puede venir a combatirme todos estos días? Ha de ser un chavorruco que trabaja a tiempo parcial, ya saben, como los maestros que se ponen borrachos en Chapu con chavitos de mi edad, se regresan en Uber en lugar de caminar aunque vivan a dos calles y se excitan cuando les dicen *Nuestro*. ¡Solo eres mío! —le gritó a la cámara—. ¿No me dijiste que yo sólo era tuyo? Ay no, perdón —dijo, con tono serio—, él me pidió que fuera nuestro secreto.

Un día me acerqué a Jorge y le dije, temeroso, que si por favor me podía enviar saludos en una de sus peleas. Jorge no fingió ignorar de qué hablaba.

—¿No vas a entrar a clase? —le pregunté. Tocaba física. Se había vuelto común que faltara a la escuela. El profesor ya ni siquiera lo nombraba, pero tampoco parecía admirarse por su ausencia.

Jorge me sonrió mientras tomaba su mochila y se largaba de la escuela para siempre.

Esclavo apareció fabuloso frente a las cámaras. En esa ocasión llevaba su látigo de costumbre y un paraguas también, porque, según él, el clima en Guadalajara está tan loco que no tenía idea de si ese día habría de soltarse un granizal.

—Me iba a poner a hacer ángeles en el suelo, pero me faltaba Mi Superhombre para hacerlos conmigo. Y no iba a hacer el ridículo haciendo angelitos solo.

Con la entrevistadora conteniendo la risa, Esclavo aprovechó para dar un mensaje.

—Le mando saludos a mi amigo de la clase. El muy pillo me habló hasta que me quité mi ropa de civil y me las puse. Mi Superhombre, no vayas a ir tras mi amigo también, eh.

Solté una carcajada que se escuchó en el salón. Todos reíamos, reunidos alrededor de los celulares que transmitían en vivo.

La entrevistadora no pudo evitar reírse, al fin.

—No, pero ya, en serio. ¿Por qué les encanta verme por ahí en mallas en todos lados? ¿Son todos una bola de pedófilos o qué?

La entrevistadora enmudeció. Se apartó incluso, sin saber muy bien si aquello era una broma.

—Que me guste que Mi Superhombre me golpee no hace que él sea un héroe al golpearme, ¿saben?

Se levantó el mentón bajo su máscara y pudimos ver los golpes. Jorge. Amoratado su rostro, sonriendo aun así.

—Te estoy esperando, Mi *SuperTeacher.*

En eso, se escuchó un sonido en el cielo, similar al del vuelo de un avión supersónico. Un hombre de complexión similar a Nuestro Superhombre se aproximó volando hasta Esclavo y, levantándolo del suelo, quitándole el látigo que éste había llevado para jugar, le envolvió el cuello con él y se lo llevó volando. En Twitter la gente subió videos fragmentarios, pequeños instantes del recorrido en que Esclavo gritaba Miau una y otra vez. La gente creyó que era una broma, al oírlo gritar así. En realidad, Esclavo debió pensar lo mismo. Que Su Superhombre estaba haciendo lo de siempre, aunque se estaba saliendo de control. Con las manos en el látigo, siguió gritando, esperando quitárselo de encima. Pero cuando parecía zafarse, el otro se detenía y lo envolvía con más fuerza sólo para seguir volando hacia su muerte.

La gente vio el cuerpo de Jorge colgado del puente Matute Remus,

mientras iban a trabajar. Se detenían momentáneamente. La pitadera era un funeral siniestro, una banda de guerra sucia y terrible.

Esclavo no había hecho nada más que pasarle un mal rato a un sujeto que iba por ahí haciéndose el héroe. No merecía morir por eso. Que un chiquillo fuese colgado de un puente era la señal inequívoca de que todo se había jodido y no había nada que pudiéramos hacer para enmendar el daño que habíamos hecho al aplaudirle mientras se peleaba con Nuestro Superhombre.

Cuando bajaron el cuerpo y gente supo que Jorge era Esclavo, que había muerto a manos de un farsante de héroe, que apenas estaba en la prepa, que no tenía ni diecisiete años, que su madre no paraba de llorar junto al ataúd… cuando todo eso pasó, la gente salió a las calles, asistiendo al funeral de aquél supervillano. No, de ese chiquillo cualquiera que nos caía bien a todos y que no merecía morir.

Su madre dijo para las cámaras que él había sido un buen hijo, aunque se dedicara a ser un villano. Eso no lo hacía malo. En aquellos días nos enteramos que Jorge usaba la campaña de *crowdfunding* para ayudar a su madre.

Desde entonces, más y más supervillanos salieron a las calles, inspirados por Esclavo. La injusticia de lo que había ocurrido merecía su valor. Los villanos se sentaban en el techo de La Casa de los Perros, se acostaban sobre el Palacio de Gobierno y la Catedral. Todos iban vestidos con trajes que los estudiantes de diseño habían confeccionado para Esclavo. Sobrevolaban el centro de la ciudad, oscureciéndolo de pronto. Eran tantos y todos esperaban por él.

Nuestro Superhombre no se apareció por un tiempo. Sin embargo, los héroes y los villanos tienen la misma debilidad por las cámaras. Cuando se apareció en el centro, quitándose una sudadera que ocultaba su traje y exponiéndose frente al Degollado como si fuese a presentarse ante una orquesta que esperaba por él, gritándoles a los villanos que bajaran, que aquello podía resolverse sin violencia, todos descendieron como cuervos a la espera de un festín.

—Tú hiciste que sólo me gusten los golpes —le dijo uno de ellos, con rabia.

Las cámaras captaron el momento en que se quitaba la máscara. Era uno de nuestros compañeros de la escuela.

—Veamos si logro que te gusten a ti también.

Comenzaron a golpearlo, sin darle tiempo a nada. Uno de ellos le quitó

la máscara y apuntó su rostro hacia el público.

—Chicos, su profe de Física ya no va a jugar al superhombre con ustedes.

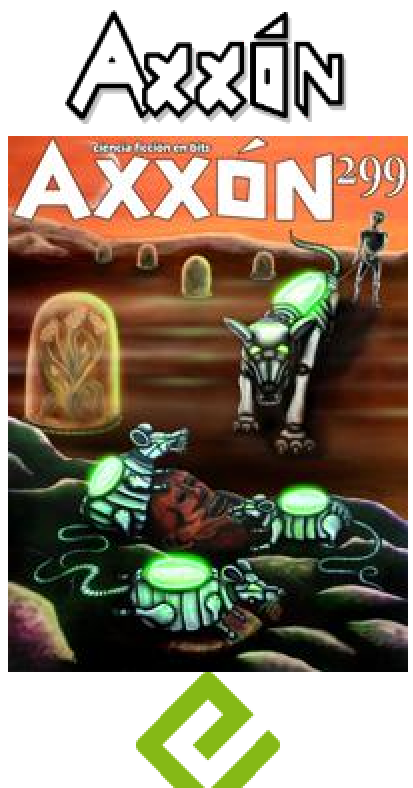
Los gritos de Nuestro Superhombre recorrieron con su superfuerza toda la ciudad, lo que acabó por dejarnos en silencio a todos. Su grito se sintió justo. Nos regalamos el silencio para oír mientras se iba. Su muerte fue lo único que se escuchó en la ciudad durante casi un minuto.

Daniel Centeno (Los Mochis, Sinaloa, 1991). Autor de Puerta cerrada (Paraíso Perdido). Ganador del XXXV Premio Nacional de Cuento Fantástico y de Ciencia Ficción con el cuento Noturo. Mención honorífica en el XVI Concurso Nacional de Cuento Juan José Arreola. Ha publicado en las revistas Luvina, Visor, Tierra Adentro, Opción (ITAM), La Cigarra y Rojo Siena. Becario del FONCA (2017-2018) en la categoría de Cuento.

Equipo

Axxón

Evaluaron los textos de este número: Pablo Contursi, Gustavo Courault, Carlos E. Ferro, Néstor Darío Figueiras, Ana Guido y Spano, Marcelo Huerta San Martín, Ricardo Manzanaro



ePUB

Encuéntrenos en:

- Axxón:
    - Sitio principal: http://axxon.com.ar
    - Facebook: https://www.facebook.com/axxon.cienciaficcion
    - Twitter: **@axxoncf**
    - Telegram: https://t.me/AxxonCf
- Axxón Móvil:
    - Descargas: http://axxon.com.ar/c-Palm.htm
    - Comentarios y sugerencias: axxonpalm@gmail.com
    - Facebook: https://www.facebook.com/AxxonMovil
    - Twitter: **@axxonmovil**

Versión ebook generada por **Marcelo Huerta San Martín**